



Un paso a la vez

Ana María Jaramillo Escobar
Coordinadora de comunicaciones
Universidad de los niños EAFIT

Imagen: Juan Felipe García experimenta con la densidad de los líquidos en el taller ¿Cómo flota un barco?



Cuando no se está satisfecho con el estado de las cosas, es necesario apostarle al cambio. Programas como la Universidad de los niños EAFIT surgen de la necesidad de generar transformaciones en la sociedad desde sus raíces: de ahí la decisión de enfocarse en la infancia.

Un espacio para la transformación

La Universidad de los niños EAFIT hace una apuesta por la transformación social que cobra vida en la realización de talleres. En ellos, el conocimiento y la investigación son los protagonistas, y el juego, la experimentación, las preguntas y la conversación, las herramientas.

Estos talleres son además espacios de encuentro para niños, jóvenes, estudiantes universitarios e investigadores que, al interactuar, desarrollan habilidades y se transforman en la manera de verse a sí mismos, a los otros y al mundo.

La transformación es sinónimo de cambio. Es pasar de un estado a otro para modificar una situación o actitud. Es una alteración que se experimenta subjetivamente; dar un paso para observar y entender la realidad desde otras perspectivas.

Programas como la Universidad de los niños EAFIT nacen de la inconformidad frente a ciertos aspectos sociales que reclaman las palabras transformación y cambio. Dicho por Juan Luis Mejía Arango, rector de la Universidad:

“Educar no puede ser mantener el *statu quo*. Sería distinto si esta fuera una sociedad en la que estuviéramos conformes

con la calidad de vida, la equidad, la justicia; pero como no estamos conformes, la educación tiene que jugar un papel fundamental de transformación social”.

La Universidad de los niños se afianza en la certeza de que es posible desencadenar este tipo de transformaciones desde el trabajo con cada individuo. Citando a María Montessori en Ideas generales sobre mi método (1995):

“La causa transformadora y la guía de la transformación es una: ‘el niño’. Nuestro fin es el de llevar al centro su personalidad, dejarla ‘obrar’, permitirle y facilitarle una expansión libre y armoniosa conforme a la ley de su propia vida”.

Se trata de dar un paso a la vez y trabajar desde la zona de influencia del programa, reconociendo sus limitaciones, pero también sus posibilidades.

“Es muy difícil transformar las macro estructuras, pero desde las micro estructuras podemos hacer transformaciones que tienen un impacto social. En vez de estar quejándonos de las políticas, hagamos proyectos como la Universidad de los niños, que pueden servir de modelo y aportar un granito de arena en esa transformación”, dice el Rector.

Y para lograrlo, hay que empezar por afrontar los conflictos y las diferencias y ser

capaces de ponerlos en diálogo. De allí el interés del programa en generar conversaciones entre niños y jóvenes de orígenes diversos.

La intención no es borrar las diferencias sino darles un lugar, pero sin perder de vista que el consenso es posible, aun si ellas existen; porque llegar a acuerdos implica reconocer y escuchar al otro para poder construir con él.

En una sociedad fragmentada como Medellín, la Universidad de los niños constituye un espacio de encuentro y de construcción colectiva único en el que niños y jóvenes de orígenes diversos tienen la posibilidad de interactuar y reconocer sus diferencias y similitudes.

En el informe Educación para la transformación (2012), realizado para el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Marcelo Cabrol y Miguel Székely dicen:

“(…) las características socioeconómicas de los alumnos y sus familias están altamente asociadas con los aprendizajes. Estas condiciones son difíciles de transformar por medio de políticas educativas en el corto y el mediano plazos. Sin embargo, el papel del sistema escolar es el de aplicar políticas educativas compensatorias que contrarresten estas desventajas con las que los niños y jóvenes más pobres llegan a la escuela”.

La Universidad de los niños apunta a este objetivo abriendo las puertas de la investigación al público escolar, para que niños y jóvenes de toda la ciudad puedan apropiarse de nuevas herramientas y maneras de

leer el mundo y participar en las decisiones que en él se toman.

En el programa, los participantes, talleristas e investigadores se fortalecen y transforman en cuatro dimensiones: afectiva, social, comunicativa y cognitiva, a partir de sus vivencias en los talleres y de la interacción con otros.

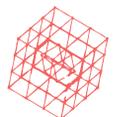
Dimensión afectiva: conocerse y darse a conocer

En la Universidad de los niños, cada individuo tiene un lugar, sin importar su edad, género o condiciones socioeconómicas. Su presencia es importante porque sus opiniones cuentan y sus experiencias enriquecen la conversación.

Para niños y jóvenes, ser invitados a participar desde la palabra, desde la escucha o desde la creación, no es siempre lo habitual. Algunos encuentran en los talleres de la Universidad de los niños un espacio único en el que pueden descubrir quiénes son y expresarlo libremente, con seguridad.

Se trata finalmente de reconocerse como individuos capaces de aprender, y de encontrar las formas de acercarse al conocimiento y las motivaciones que les son propias. Después el camino se hace fácil, sin importar cuál sea el tema o el espacio en el que se dé el aprendizaje.

También los talleristas se sienten acogidos desde su singularidad porque saben que sus preguntas e ideas son bienvenidas. Esto



es a la vez una tranquilidad y un reto, pues ser escuchado y atendido, conlleva la demanda de escuchar y atender a cada uno de esos niños y jóvenes con los que trabajan.

En la Universidad de los niños EAFIT, participantes y talleristas aprenden a relacionarse con los demás de una manera diferente a la habitual dentro del aula de clase. No se trata de recurrir a la autoridad desde el miedo y la arrogancia. Si bien hay normas, como en todos los espacios de convivencia, aquí prima el acuerdo sobre la imposición.

Están también los investigadores que son invitados a interactuar con los niños y jóvenes, no solo desde su posición de expertos en un tema, sino también desde lo personal, desde sus gustos y motivaciones.

Esta invitación modifica su actitud en los espacios académicos que comparten con los participantes y estudiantes universitarios. Les permite acercarse a ellos desde la espontaneidad y perder el miedo a la incertidumbre al no tener que ocupar el lugar del que lo sabe todo.

Dimensión social: un espacio y múltiples realidades

Al fortalecer su relación con ellos mismos, los participantes transforman también su manera de relacionarse con los demás. La dimensión social está presente, como eje transversal, en los diferentes momentos y espacios del programa.

En los talleres de la Universidad de los niños EAFIT, participantes de diversos orígenes

socioeconómicos tienen la oportunidad de encontrarse, compartir experiencias y conversar; una práctica poco usual en una ciudad tan estratificada como Medellín.

Al relacionarse con otros que viven en sectores alejados de los que ellos habitan y frecuentan, o en unas condiciones diferentes a las suyas, niños, jóvenes y talleristas amplían su visión de la ciudad y aprenden a mirarla con otros ojos. Comprenden que dentro de ella existen múltiples realidades. En el trabajo con los investigadores hay también un llamado a considerar esta diversidad. Al momento de ejemplificar los conceptos y de conectarlos con la realidad, las experiencias de cada niño y joven, el contexto del que viene y los objetos y personas con los que se relaciona, cobran importancia.

Para llegar a cada participante hay que encontrar lo común entre las diferencias, o apoyarse en la diversidad misma. Este ha sido uno de los principales aprendizajes del programa a lo largo de su experiencia.

Se trata finalmente de la oportunidad de estudiar una problemática desde múltiples miradas: están quienes la sufren, quienes se benefician de ella o quienes la desconocen. Una oportunidad que da indicios a los investigadores sobre la pertinencia de sus problemas de investigación.

Por otro lado, la posibilidad de hablar y ser escuchado genera en los participantes, talleristas e investigadores, conciencia de la responsabilidad. Tener una voz trae consigo hacerse responsable de ella, de lo que se dice y de la manera como se dice.



Los participantes experimentan la fuerza que ejerce el agua sobre los objetos en el taller ¿Cómo flota un barco? Los acompaña Manuel Julio García, doctor en Ingeniería Aeronáutica.

Dimensión comunicativa: encontrarse en la conversación

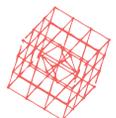
Las conversaciones que se tejen al interior de los talleres preparan a los participantes para asumir un rol activo en la sociedad. En ellas aprenden a expresar y defender sus ideas, pero también a escuchar las de los demás.

Porque en el programa, los niños y jóvenes son llamados a poner en común el conocimiento que traen de su contexto y experiencias previas, así como el que adquieren durante los talleres; a ponerlo en común para discutirlo, validarlo o cuestionarlo.

Talleristas, investigadores, niños y jóvenes, se entrenan en la escucha atenta y activa; esa que da realmente un lugar a la palabra, la que lleva a acallar por un momento los pensamientos propios o a ponerlos en conversación con lo que el otro dice.

Los estudiantes universitarios y los niños y jóvenes que pasan por el programa encuentran nuevas maneras de exponer sus ideas –sin imponerlas– y de escuchar las de los demás. Lo hacen desde la certeza de que una pregunta puede tener múltiples respuestas y llevar siempre a muchas preguntas más.

A su vez, los investigadores se enfrentan al reto de comunicar sus aprendizajes y experiencias a un público no especializado, sin experticia en el tema, que tiene poco mie-



do a preguntar y muchas ganas de saber y comprender.

Salirse de su lenguaje habitual es para ellos un aprendizaje. Entrar a un tema desde lo más simple, lo esencial y sobre todo desde la pasión, es romper con el estereotipo del científico aislado en su propio saber, que solo puede hablar y entenderse con aquellos que comparten y comprenden su lenguaje especializado.

Dimensión cognitiva: otra forma de aprender

Que los participantes y talleristas se acerquen al conocimiento desde las preguntas, es decir, desde su propia curiosidad y necesidad de comprensión, es una de las intenciones principales del programa.

En el estudio de los temas, el diseño de las actividades y la planeación de los talleres, la Universidad de los niños EAFIT le apuesta a la motivación intrínseca: la que surge del propio deseo de aprender y no de una imposición del medio.

Niños y jóvenes son alentados a hacerse preguntas y a construir respuestas propias. Pero también a ponerlas a prueba al compartirlas con otros en las conversaciones que se tejen al interior del programa.

Los talleristas, que se han acercado al saber del investigador desde sus propias preguntas e hipótesis, no están ahí para resolver, responder o exponer su conocimiento, sino

para tender un hilo que guíe las preguntas y conversaciones.

Esta manera de relacionarse con el conocimiento desde la curiosidad y buscando la real comprensión toca también a los investigadores que se ven motivados a repensar sus temas de investigación, así como su manera de acercarse a ellos y de transmitirlos.

Las preguntas de los niños los devuelven a la base de su trabajo, a sus motivaciones primeras, y los invitan a revisar la dirección de sus investigaciones. Porque comparar con otros lo aprendido implica poner a prueba las propias comprensiones y saber llegar a lo esencial.

Siempre en movimiento

Estas cuatro dimensiones resumen el trabajo de la Universidad de los niños EAFIT y su intención de transformar a niños y jóvenes. Una intención que se alcanza paso a paso, porque la transformación es un proceso continuo. Hay que estar reinventando siempre, evaluando lo que se ha hecho y decidiendo lo que se hará, pero sin dejar de caminar.

Con certeza, el programa puede decir que no está donde comenzó. Los cambios que se evidencian en sus participantes dan cuenta del avance hacia su intención primordial: la transformación de la sociedad. Y aunque el camino que queda por andar aún es largo, no cabe apresurarse porque no hay mejor opción que dar un paso a la vez. 